

DOS NOTAS MARGINALES ACERCA DEL FIN DEL MUNDO

Hans Magnus Enzensberger

I

El apocalipsis forma parte de nuestro bagaje ideológico. Es un afrodisíaco. Es una pesadilla. Es una mercancía como cualquier otra. Es, si os place, una metáfora del hundimiento del capitalismo que, según bien sabemos todos, durante más de un siglo ha estado siendo inminente. Nos lo topamos con figuras y disfraces de lo más variado: como el dedo que nos advierte y como pronóstico científico, como ficción colectiva y como grito de reunión sectario, como producto de la industria del ocio, como superstición, como mito trivial, como enigma, como queja, como broma, como proyección. Está siempre presente pero nunca es "efectivo": una segunda realidad, una imagen que fabricamos para nosotros mismos, una incesante producción de nuestra fantasía, la catástrofe en nuestras mentes.

Es todo esto y más: es una de las más viejas representaciones de la especie humana. Acerca de sus orígenes podían haberse escrito gruesos volúmenes; y efectivamente se han escrito. Ciertamente conocemos todo tipo de cosas acerca de su diversificada historia, acerca de sus flujos y reflujos periódicos, y acerca de cómo estas fluctuaciones se conectan con el proceso material de la historia. La idea del apocalipsis ha acompañado al pensamiento utópico desde sus mismos comienzos, los sigue como una sombra, como un reverso que no puede ser dejado atrás: sin catástrofe no hay milenio, sin apocalipsis no hay paraíso. La idea de la decadencia del mundo es simplemente una utopía negativa.

Pero hasta la decadencia ya no es lo que solía. El *film* que se proyecta en nuestras cabezas y aún más desinhibidamente en

nuestro inconsciente es, en muchos aspectos, distinto de los viejos sueños. En sus acuñaciones tradicionales el apocalipsis fue una idea venerable, sagrada incluso. Pero la catástrofe que nos concierne (o más bien que nos obsesiona) es un fenómeno enteramente secularizado. Leemos sus signos en las paredes de los edificios, allí aparecen durante la noche zafiamente pintados con *spray*: los leemos en los datos arrojados por el computador. Nuestro monstruo de siete cabezas responde a muchos nombres: estado policial, paranoia, burocracia, terror, crisis económica, carrera de armamentos, destrucción del medio ambiente. Sus cuatro jinetes parecen héroes del oeste y venden cigarrillos, y las trompetas que proclaman el fin del mundo sirven de tema musical para una pausa comercial. Hubo una época en que la gente veía en el apocalipsis la inescrutable mano vengadora de Dios. Hoy aparece como el producto metódicamente calculado de nuestras propias acciones y a los espíritus a quienes responsabilizamos de su aproximación les llamamos "rojos", jeques del petróleo; terroristas, multinacionales, gnomos de Zurich, Franksteins de los laboratorios de biología; OVNIS y bombas de neutrones; demonios del Kremlin o del Pentágono: un ultramundo de inimaginables conspiraciones y maquinaciones, cuyas cuerdas son pulsadas por los todopoderosos cretinos de la policía secreta.

Hubo un tiempo también en que el apocalipsis era un acontecimiento singular, algo que había que esperar sin anuncio previo, como un suceso inopinado: un momento impensable que sólo los videntes y los profetas podían anticipar —y, desde luego, nadie quería atender a sus advertencias y a sus predicciones. Nuestro fin del mundo, por otra parte, es algo que hasta los gorriones cantan en las azoteas; el elemento de sorpresa se está perdiendo; parece ser solamente una cuestión de tiempo. La sentencia que nosotros mismos nos anticipamos se aproxima insidiosa y tortuosamente despacio, el apocalipsis a cámara lenta. Es una reminiscencia de aquella venerable vanguardia clásica del cine mudo, en la cual puede verse una gigantesca chimenea de fábrica estrellarse y trocearse silenciosamente durante veinte minutos mientras los espectadores, con una especie de confort indolente, se recuestan en sus raídas butacas de terciopelo y roen sus cacahuets y sus pa-

lomitas de maíz. Después de la representación, el futurólogo entra en el escenario. Tiene la pinta de una pobre imitación del Dr. Strangelove, ese sabio loco, con la sola diferencia de que está repulsivamente gordo. Con una calma total nos informa de que la campana de ozono atmosférico habrá desaparecido dentro de veinte años de modo que, fatalmente, la radiación cósmica nos tostará si tenemos la suerte de haber sobrevivido ya que hay sustancias desconocidas en la leche que tomamos que nos están conduciendo a la psicosis; y teniendo en cuenta la tasa de crecimiento de la población mundial pronto no quedará en nuestro planeta sitio más que para estar de pie. Dicho todo esto con un habano en la mano y con una alocución bien compuesta y de lógica impecable. La audiencia reprime un bostezo aunque, según lo dicho por el profesor, el desastre se nos asome como inminente. Pero no va a sobrevenir esta tarde. Esta tarde todo seguirá yendo como antes, quizás un poquito peor que la semana pasada pero no tanto como para que alguien lo advierta. Si uno u otro de nosotros se siente un poco deprimido esta tarde, desde luego no podemos descartarlo, entonces lo sorprenderá el pensamiento, sin respeto alguno por si trabaja en el Pentágono o en el metro, repasa camisas o suelda láminas de metal; realmente sería más sencillo si nos libráramos del problema de una vez por todas: si la catástrofe *ocurriera* realmente. No obstante, esto está fuera de dudas. La irremediabilidad, que en principio era uno de los atributos capitales del apocalipsis, y una de las razones de su poder de atracción, ya no nos está permitida.

También hemos perdido otro de los aspectos tradicionales del fin del mundo. Antes, se estaba generalmente de acuerdo en que el acontecimiento afectaría a todos simultáneamente y sin excepción; la nunca satisfecha demanda de igualdad y justicia encontraba en esta concepción su último refugio. Pero tal y como lo vemos hoy, el destino ya no es un igualador sino todo lo contrario. Difiere de país a país, de clase a clase, de lugar a lugar. Mientras afecta a unos, hay otros que lo pueden ver por la televisión. Se edifican *bunkers*, se amurallan *ghettos*, se erigen fortalezas, se contratan guardianes, a gran y pequeña escala. En correspondencia con las alarmas contra ladrones y las ventanas electrificadas de

las casas de campo, a escala internacional nos encontramos con que países enteros se amurallan mientras otros se arruinan. La pesadilla de la decadencia del mundo no acaba con esta disparidad temporal, sencillamente la radicaliza. Sus versiones africanas e indias son desconsideradas con un encogimiento de hombros por aquellos que no están directamente afectados —incluidos los gobiernos africanos e indios. Llegados a este punto, finalmente, la broma deja de serlo.

II

Berlín, primavera de 1978

Querido Baltasar:

Cuando escribí mis glosas al apocalipsis —trabajo que, debo confesarlo, no era ni particularmente concienzudo ni demasiado serio— no era consciente todavía de que también a tí te preocupa el futuro. Te me quejas telefónicamente de que no “sacas nada en claro”. La cosa suena casi a petición de ayuda. Te conozco lo suficientemente bien como para comprender tu dilema. Hoy por hoy los únicos que caminan hacia el año 2.000 llenos de optimismo, animados por el infalible instinto de las ratas noruegas, son los tecnócratas y tú no te cuentas entre ellos. Muy al contrario, eres un alma veraz, siempre dispuesto a enrolarte bajo la bandera de la utopía. Ahora como antes quieres asirte firmemente al Principio Esperanza. Porque deseas el bien para nosotros: esto es, no sólo para tí y para mí, sino para la humanidad en conjunto.

Por si te suena a ironía, no te molestes, por favor. La culpa no es mía. Querías comprobar si puedo ayudarte. Mi carta te decepcionará y acaso llegues incluso a tener la sensación de que te estoy atacando por la espalda. No es ésta mi intención. Consideremos las cosas sin trucar los dados: eso es cuanto quiero sugerirte.

Sea cual fuere su sello, todas las teorías de la izquierda —desde Babeuf hasta Bloch, es decir durante más de un siglo y

medio— han sacado su fuerza del hecho de estar basadas en una utopía positiva sin parangón en el mundo de lo existente. Los socialistas, los comunistas, y los anarquistas, todos ellos, compartían la convicción de que su lucha nos traería el reino de la libertad en un período de tiempo previsible. “Sabían con precisión a dónde se dirigían y qué precisaban hacer para, con ayuda de las fuerzas operantes en la historia, de la estrategia y del esfuerzo, llegar hasta allí. Ahora ya no lo saben”. Son palabras lapidarias que leí recientemente en un artículo del historiador inglés Eric Hobsbawm. Pero a este viejo comunista no se le olvidó añadir que “a este respecto, no están solos. Ante su futuro, los capitalistas están tan perplejos como los socialistas; el fracaso de sus teóricos y de sus profetas los tiene en un embrollo similar”.

Hobsbawm tiene razón. El déficit ideológico es sufrido por ambos bandos. Y sin embargo la pérdida de certidumbre acerca del futuro no se contrapesa. Es mucho más dura de sobrellevar para la izquierda que para quienes nunca tuvieron otra intención que la de aferrarse a cualquier precio a un retacito de su propio poder y privilegio. He aquí, querido Baltasar, la razón por la cual la izquierda, que te incluye también a tí, se consagra a la queja y al lamento.

Ya nadie, me dices, está dispuesto ni en posición de formular una de esas ideas positivas que van más allá del horizonte del estado de cosas existente. Por contra, la falsa consciencia está exuberante; el escenario está dominado por la apostasía y por la confusión. Me viene a la memoria nuestra última conversación sobre “el nuevo irracionalismo”, tu lamentación por esa resignación que descubrás en todas partes y la diatriba que les dirigías a los petulantes apocalípticos, a los desvergonzados pesimistas, y a los apóstoles del derrotismo. Me cuidaré bien de no contradecirte en este punto. Pero me pregunto si de todo esto no se te ha escapado una cosa: el hecho de que en estas expresiones y talantes se encuentra precisamente aquello que buscas —un pensar que trascienda los límites de lo fáctico. Pues, en último análisis, el mundo ciertamente no se ha acabado (de ser así ni siquiera podríamos hablar de ello); y hasta ahora ninguna prueba concluyente se me ha aducido para creer que un acontecimiento de esta índole vaya a

presentarse en un punto discernible del tiempo. De lo cual saco la conclusión de que estamos habiéndonos las con una utopía, aunque se trate de una utopía negativa; y además mantengo, por las razones históricas mencionadas, que la teoría de izquierdas no está particularmente bien equipada para tratar este tipo de utopía.

Tus reacciones no son más que nuevas evidencias para mi suposición. La primera estrofa de tu canción, en la que deploras la situación espiritual prevaleciente, va seguida prestamente por una segunda en la que enumeras los chivos expiatorios. Para un viejo rutinario de la teoría tan experimentado como tú no será difícil distinguir a los culpables: el oponente ideológico, los agentes del anticomunismo, la manipulación de los medios de masas. Tus argumentos no son en absoluto nuevos para mí. Me recuerdan un ensayo que captó mi atención hace unos años. El autor, un marxista americano llamado H.C. Greisman, llegaba a la conclusión de que "las imágenes del ocaso a que tan aficionados son los medios de masas están diseñadas con el fin de hipnotizar y narcotizar a las masas de tal manera que toda esperanza de revolución llegue a parecerles insensata".

Lo más llamativo de esta proposición es su carácter defensivo esencial. Durante cien años más o menos, mientras tuvo a sus cimientos por seguros, la teoría marxista clásica argumentó precisamente lo opuesto. No veía en las imágenes de la catástrofe y en las visiones del juicio de los tiempos simplemente una mentira forjada por algunos secretos seductores y propalada entre la gente sino que buscaba más bien explicarlas en términos sociales como imágenes simbólicas de un proceso cabalmente real. Por tomar un ejemplo, en la década de los veinte, la izquierda comprendió de esta manera la atracción ejercida por la metafísica histórica de Spengler en la *intelligentsia* burguesa: *La decadencia de occidente* no era en realidad más que el inminente colapso del capitalismo.

Hoy en día, por otra parte, alguien como tú mismo ya no ve confirmadas sus opiniones por la fantasía apocalíptica sino que, por el contrario, se siente amenazado y reacciona con consignas desesperadas y gestos defensivos. Para serte completamente franco, querido Baltasar, me da la impresión de que el resultado de estos acatamientos es bastante desdichado. Con lo cual no

quiero decir que sea sencillamente falso. Por supuesto, no dejas de recurrir al muy trillado camino de la crítica ideológica. Y es un juego de niños demostrar que el ascenso y la caída de los talantes utópicos y apocalípticos a lo largo de la historia corresponden a las condiciones económicas, sociales y políticas de la época. Es también irrefutable que son explotadas políticamente como cualquier otra fantasía de las que existen a escala masiva. No precisas imaginar que tienes que enseñarme el ABC. Sé tan bien como tú que la fantasía del juicio final sugiere siempre el deseo de una salvación milagrosa; e igualmente me es claro que el salvador bonapartista está siempre entre bambalinas presto a aparecer en forma de dictadura militar y golpe de derechas. Cuando se ha tratado de sobrevivir siempre ha habido gente demasiado dispuesta a poner su confianza en un hombre fuerte. Para mí no hay nada de sorprendente en que entre quienes hayan pedido tal cosa más o menos expresamente en los últimos años se encuentren un liberal y un estalinista: el sociólogo americano Hellbroner y el filósofo alemán Harich. También está fuera de duda el que la metáfora apocalíptica ofrece el alivio del pensamiento analítico por cuanto tiende a meterlo todo en el mismo puchero. Del conflicto de Oriente Medio a una huelga postal, del estilo punk al desastre de un reactor nuclear, nada y todo es concebido como el signo oculto de una totalidad imaginaria: la catástrofe "en general". La tendencia a sacar generalizaciones precipitadas daña el residuo de pensamiento claro que todavía conservamos. En este sentido, la sensación de juicio final no conduce justamente a la mistificación. Se da por descontado que el nuevo irracionalismo que tanto te preocupa no puede resolver de ninguna manera los problemas reales. Por el contrario, los hace parecer irresolubles.

Todo esto es muy fácil de decir pero no ayuda gran cosa. Tratas y combates la fantasía de la destrucción que te ronda con citas de los clásicos. Estas victorias retóricas, Baltasar querido, me recuerdan las heroicas hazañas del barón von Münchhausen. Como él, quieres lograr tus metas solo y resuelto; y desprecias partir de la línea de salida correcta pero estás dispuesto a saltar abrazado al proyectil de un cañón en caso de apuro.

Pero el futuro no es un césped deportivo para húsares, ni

la crítica de la ideología es un proyectil. La imitación de las jactancias de un viejo soldado de hojalata deberías dejársela a los futurólogos. El futuro que tienes en la mente no es un objeto científico en ninguno de los sentidos. Es algo que sólo vive en el *medium* de la fantasía social, y el inconsciente es el órgano con el que principalmente se experimenta. De ahí la fuerza de esas imágenes que todos producimos, de día y de noche: y no sólo con la cabeza sino con todo el cuerpo. Nuestros sueños colectivos de miedo y deseo pesan tanto, y verosímilmente más, como nuestras teorías y análisis.

El carácter realmente desgastado de la crítica de la ideología habitual se debe a que ignora, y no quiere saber nada de, todo esto. ¿No te ha parecido chocante que desde hace ya tiempo haya dejado de explicar las cosas que no encajan en sus esquemas y, en cambio, empieza a hacerlas tabú? Sin habernos enterado cabalmente, ha adoptado el papel de un celoso guardián. Alineados con los encargados de la ley y el orden de la censura estatal, en las ciencias sociales y humanas están ahora los celadores psiquiátricos de la izquierda que muy gustosamente nos pacificarán con sus tranquilizantes. Sus máximas son: 1. Nunca concedas nada. 2. Reduce lo insólito a lo familiar. 3. Piensa siempre sólo con la cabeza. 4. El inconsciente debe hacer lo que se le dice.

La arrogancia de estos exorcistas académicos sólo se ve superada por su impotencia. No llegan a comprender que los mitos no se dejan refutar con trabajos de seminario y que sus excomuniones de las ideas son de muy corto alcance.

¿Qué ayuda, por ejemplo, sacan ellos —y de qué nos sirve a nosotros— declarando por centésima vez inadmisibles y reaccionaria cualquier comparación entre los procesos sociales y los naturales? El poder elemental de la fantasía enseña a millones de personas cómo romper este edicto constantemente. Lo único que hacen nuestros ideólogos es esbozar una sonrisa cuando tratan de borrar imágenes tan imborrables como las del diluvio y el fuego, el terremoto y el huracán. Aún más, hay personas entre los científicos naturales que están en situación de elaborar fantasías de este tipo a su manera y hacerlas productivas en vez de proscribirlas: matemáticos que bosquejan una teoría topológica de la catástrofe

o bioquímicos que tienen ideas acerca de ciertas analogías entre la evolución social y la biológica. Todavía estamos esperando en vano al sociólogo que entienda que, en un sentido que todavía tiene que ser descodificado, ya no existen cosas tales como una catástrofe puramente natural.

En vez de esto, nuestros teóricos, encadenados a las tradiciones filosóficas del idealismo alemán, se niegan a admitir aún hoy lo que ya han captado todos los ciudadanos de a pie: que no existe el espíritu del mundo; que no conocemos las leyes de la historia; que incluso la lucha de clases es un proceso “natural” que ninguna vanguardia puede ni planear ni dirigir; que la evolución social, como la evolución natural, no tiene sujeto y por tanto es impredecible; que consecuentemente cuando actuamos en política nunca nos las componemos para conseguir lo que nos hemos propuesto sino algo completamente diferente que en un momento determinado ni siquiera podríamos haber imaginado; y que la crisis de todas las utopías positivas tiene su base precisamente en este hecho. Los proyectos del siglo diecinueve han sido falsados por completo y sin excepciones por la historia del siglo veinte. En el ensayo ya mencionado, Eric Hobsbawm recuerda un congreso celebrado en 1898 por los anarquistas españoles. Escenificaban en él una gloriosa visión de la vida posterior a la victoria de la revolución: un mundo de altos y resplandecientes edificios con ascensores que nos ahorrarían el subir escaleras, luz eléctrica para todos, vertederos de basura y maravillosos artilugios caseros... Esta visión de la humanidad, presentada con un *pathos* mesiánico, nos es ahora sorprendentemente familiar: en muchos lugares de nuestras ciudades es ya una realidad. Hay victorias que se hace difícil no ver como derrotas. A nadie le es cómodo recordar las promesas hechas por la Revolución de Octubre hace sesenta años: una vez arrojados los capitalistas de Rusia, alboreaba para los trabajadores y los campesinos un brillante futuro sin explotación ni opresión...

¿Todavía me sigues, Baltasar? ¿Todavía me escuchas? He llegado al final de mi carta. Perdona si se ha hecho bastante larga y si mis sentencias han adquirido un doble sentido burlesco. No lo he puesto yo. Es una especie de burla histórica, objetiva; y la risa, para bien o para mal, está siempre en el lado de los perdedores.

Tenemos que sobrellevarla todos juntos.

El optimismo y el pesimismo, mi querido amigo, son en gran medida el pegamento de los augures y los escritores de los artículos de portada. Las imágenes del futuro que la humanidad se pinta para sí, utopías positivas y negativas, nunca han estado libres de ambigüedad. La idea del milenio, el estado del sol, no era el sueño pálido de una tierra de leche y de miel; siempre tenía sus momentos de miedo, pánico, terror y destrucción. Y la fantasía apocalíptica, a su vez, produce algo más que imágenes de decadencia y desesperación; también contiene, inevitablemente ligada a la de terror, la petición de venganza, de justicia, de alivio y de esperanza.

Los fariseos y los sabelotodo, que siempre son los que más saben, quieren convencernos de que el mundo volvería a estar en lo justo si las "fuerzas del progreso" adoptaran una línea dura con las fantasías de la gente; si fueran ellos los únicos en sentarse en el comité central, y si las imágenes del juicio final pudieran ser prohibidas por decreto del partido. Se niegan a entender que somos nosotros mismos quienes producimos esas imágenes y que nos aferramos a ellas porque se corresponden con nuestras experiencias, deseos y temores: en la carretera de Frankfurt a Bonn, enfrente de la pantalla de TV que nos muestra que estamos en guerra, debajo de los helicópteros, en los pasillos de las clínicas, oficinas de empleo y prisiones —porque, en una palabra, son realistas en este sentido.

Escasamente necesito reasegurarte, querido Baltasar, que sé tan poco del futuro como tú. Te estoy escribiendo porque no te cuento entre los encasilladores y revisores del espíritu del mundo. Lo que te deseo, y me deseo a mí y a nosotros, es un poquito más de claridad sobre nuestra propia confusión, un poco menos de miedo de nuestro propio miedo, y un poco más de atención, respeto y modestia ante lo desconocido. Entonces será cuando podremos ver más lejos.

Tuyo, H.M.E.

Este ensayo apareció con el título "Zwei Randbemerkungen zum Weltuntergang" en el n.52 (mayo 1978), pp.1-8, de la revista *Kursbuch*, que ha cedido a *Teorema* los correspondientes derechos. Versión cast. de Juan Alvarez.